

Los muchos que se alzaron contra Pizarro, sabiendo que Gasca tenía la flota.

Hubo gran mudanza en los del Perú cuando supieron la negociacion de Gasca y la buena manera que tenía y usaba, y mayor con los despachos que llevó Paniagua; y así, se levantaron muchos luego que supieron cómo Hinojosa había entregado á Gasca la armada; entre los cuales fué Diego de Mora en Trujillo, que se fué á Caxamalca, donde recogió gran compañía de hombres que huyeron de Pizarro; y envió cartas de Gasca y de otros, que Aldana le dió, á muchos pueblos, para que tuviesen por el Rey. Gomez de Albarado, de Zafra, se alzó en Levanto de Chachapoyas, y Juan de Saavedra, que estaba en Guanuco; y Juan Porcel, que de los Chiquimayos iba á los Reyes, los de Guamanga con otros, y todos se juntaron con Diego de Mora en Caxamalca. También se alzaron Alonso Mercadillo en Zarza, y Francisco de Olmos en Guayaquil, matando á Manuel de Estacio, que por Pizarro estaba, y Rodrigo de Salazar en Quito, dando de puñaladas á Pedro de Puelles, que pensaba declararse otro día por el Rey, según dijera Diego de Urbina. Diego Alvarez de Almendral se alzó con hasta veinte compañeros cerca de Arequipa, y llamó á Diego Centeno, que aun se estaba escondido en ciertos pueblos de Cornejo, como en otra parte se dijo. Centeno se fué alegremente con Luis de Ribera á Diego Alvarez, y en breve se le juntaron mas de cuarenta españoles, y entrellos algunos de caballo que andaban remontados, holgando que Centeno fuese parecido. Fueron todos al Cuzco para levantarlo por el Rey; Antonio de Robles desque lo supo se puso en la plaza con trecientos hombres que tenía para llevar á Pizarro, pensando que traía muchos Centeno, pues usaba tal cosa. Centeno entró de noche secretamente, y saltó los enemigos. Murieron seis ó siete peleando, y él quedó herido. Entrepuso su autoridad el obispo fray Joan Solano, y diéronse los que al Rey querían; cortó en amaneciendo la cabeza al Antonio de Robles, y hubo los demás. Dejó por el Rey la ciudad, y fué á los Charcas sobre Alonso de Mendoza é Joan de Silvera, que con cuatrocientos hombres estaban en la Plata, de camino para Gonzalo Pizarro; el Mendoza y Silvera se fueron para él, por lo que les escribió, y por ver que llevaba cerca de quinientos españoles. Como Diego Centeno los tuvo en su ejército, fué á poner real en el desaguadero de Tiquicaca, para esperar lo que Gasca hacer le mandase.

Cómo Pizarro desamparaba el Perú.

No hay para qué decir la tristeza y pena que Pizarro y los suyos sintieron sabiendo cómo su armada estaba en poder de Gasca. Quejábanse de la confianza y amistad de Pedro de Hinojosa, arrepintiéndose por no haber enviado con la flota á Bachicao; y aun él decía burlando que la bondad y esfuerzo de Hinojosa tenían de parar en aquello, y que eran buenos los perros que ladraban y no mordían, porque nadie se les llegaba. Todavía mostraban buen corazón, como estaban enueñoreados en la tierra y como no venían por mar contra ellos. Envío Pizarro al Quito por la gente que tenía Pedro de Puelles, á Trujillo por la de Diego de Mora, al Cuzco por la de Antonio de Robles, á Arequipa por la

de Lucas Martín, á los Charcas por la de Joan de Silvera, á Levanto de Chachapoyas por la de Gomez de Albarado, á Guanuco por la de Joan de Saavedra, y á otras partes también. Mandó á Juan de Acosta ir con treinta de caballo á correr la costa, el cual fué hasta Trujillo; y lo tomó, que se había rebelado. Empero estaba sin casi gente, ca se había ido á la sierra con Diego de Mora; y si tuviera docientos, fuera allá y lo deshiciera. En Santa prendió cerca de treinta hombres de Aldana, engañando la celada que le tenían puesta, y llevólos á Lima. Dicen algunos que no eran soldados de Aldana, sino marineros que cogían agua. Pizarro se informó dellos, particularmente del aparato y ánimo de Gasca. Tornó á enviar al mismo Acosta con mas de docientos sobre Aldana y sobre Mora. Mas acordó tarde, porque ya Diego de Mora estaba muy pujante, y las voluntades muy declaradas de los que llevaba por el Rey, y se le huyeron Diego de Soria, Raodona y otros, y él degolló á Rodrigo Mejía porque se quería ir con otros á Caxamalca. Llamó del camino Pizarro á Joan de Acosta, reforzólo de mas gente, y enviólo contra Centeno, que, tomando el Cuzco, iba sobre la Plata. Llegó luego al puerto Lorenzo de Aldana con cuatro naos, y causó turbación en la ciudad, y novedades entre soldados y amigos de Pizarro; ca envió al capitán Peña con los despachos de Gasca y traslados de las provisiones del Emperador. Pizarro quiso sobornar á Aldana con un Fernandez, y no pudo. Leyó las cartas, y aconsejóse qué se haría. Halló rebotados á muchos y desfalleció algo; aunque siempre dijo que con diez amigos que le quedasen había de conservarse y conquistar de nuevo el Perú: tanta era su saña ó su soberbia. Fuéronsele, con tanto, Alonso Maldonado, el rico, Vasco é Joan Perez de Guevara, Grabiél y Gomez de Rojas, el licenciado Niño, Francisco de Ampuero, Hierónimo Aliaga, de Segovia; Francisco Luis de Alcántara, Martín de Robles, Alonso de Cáceres, Ventura Beltran, Francisco de Retamoso y otros muchos; pero estos eran los principales. Entonces cantaba Francisco de Carabajal:

Estos mis cabellicos, madre,
Dos á dos se los lleva el aire.

Estuvo Pizarro en grandísimo afán y desesperacion viendo sus amigos por enemigos, unos en el puerto, otros en casa. No sabía de quién confiarse, temiéndose de todos, según maldicion de tiranos. No sabía dónde ir, estando en Caxamalca Diego de Mora, y Diego Centeno en el Cuzco, y todos los pueblos contra él. Así que, dejando á Lima, se fué á Arequipa, teniendo siempre gran cuidado que ninguno se le huyese. Mas todavía se le huyó el licenciado Carabajal con sus parientes y amigos. Envío por Joan de Acosta para tener copia de gente, el cual se volvió, vista la carta y necesidad de Pizarro, desde Guamanga. Dejaronlo en el camino Paez de Sotomayor, su maestro de campo, y el capitán Martín de Olmos con buena parte de su compañía; Garcí Gutierrez de Escobar, Gaspar de Toledo y otros muchos, por sonruirse que huía Pizarro. Desta manera desamparó Pizarro á Lima, cabeza del Perú, y llegó en Arequipa con propósito de irse fuera de lo conquistado. Aldana se metió en Lima, é Joan Alonso Palomino y Her-

nan Mejía se fueron á Jauja para recoger la gente, y esperar á Gasca y su ejército.

Vitoria de Pizarro contra Centeno.

Llegado que Joan de Acosta fué á Arequipa, consultó Pizarro lo que hacer debían para guardar las vidas y dineros, ya que la tierra no podían; ca no eran mas de cuatrocientos y ochenta, y todos los del Perú eran contra ellos. Determinados pues de irse á Chili, donde nunca hubiesen ido españoles, ó para conquistar nuevas tierras, ó para rehacerse contra Gasca, quisieron abrir camino por do estaba Centeno, que por fuerza tenían de pasar por entre sus contrarios; y también quería Pizarro ponerse en salvo, y saber cuántos y cuáles permanecerían con él, y tratar desde allí en concierto con Gasca, según Cepeda le aconsejaba. De Cabaña envió á Francisco de Espinosa con treinta de caballo por el camino del desaguadero de la laguna de Tiquicaca, que mandase á los indios proveer de comida para que Centeno pensase que iban por allí, y él echó con toda su gente por Orcosuyo, camino mas allegado á los Andes. Tomó algunos que andaban desmandados, y un clérigo que venía con respuesta de Centeno para Aldana, y ahorcólos su maestro de campo Carabajal. Tuvo Centeno aviso del intento de Pizarro por criados de Paulo Inga, que andaba con él, y porque por el capitán Olea, que se pasó por consejo de algunos mancebos, dejó y cortó la puente del Desaguadero, donde muy fuerte y seguro estaba, é fuese á Pucaran del Collao á esperar y dar batalla, creyendo tener la vitoria en la mano, y ganar el prez de matar ó vencer á Pizarro. Reparó y ordenó allí su gente como tenía de pelear; y por acercarse al enemigo, que estaba en Guarina, cinco leguas de Pucaran, y por tomar y tener á su parte la agua, se fué á poner su real á medio el camino, en un llano, aunque en lugar fuerte. Y otro día, que fué de las once mil vírgines, año de 47, repartió mil y docientos y doce hombres que tenía, de aquesta manera: hizo dos escuadrones de la caballería, que serían docientos y sesenta: del mayor, que puso al lado derecho, dió cargo á Luis de Ribera, su maestro de campo, y á Alonso de Mendoza y Hierónimo de Villegas; del otro á Pedro de los Rios, de Córdoba; Antonio de Ulloa, de Cáceres, y Diego Alvarez, del Almendral. La infantería estuvo junta, y eran capitanes Joan de Silvera, Diego Lopez de Zúñiga, Rodrigo de Pantoja, Francisco de Retamoso, y Joan de Vargas, hermano de Garcilaso de la Vega, que estaba con Pizarro. Centeno, que estaba con dolor de costado y sangrado á lo que dicen, se puso á mirar la batalla con el obispo del Cuzco fray Joan Solano, encomendando la hueste y la vitoria á Joan de Silvera y á Alonso de Mendoza. Pizarro, que sabía cuán á punto estaban por sus espías, salió de Guarina con cuatrocientos y ochenta españoles. Dió cargo de ochenta de caballo, que solamente tenía, á Cepeda y á Joan de Acosta; aunque Acosta trocó su lugar con Guevara, capitán de arcabuceros, que estaba cojo. De los peones fueron capitanes, sin Joan de Acosta, Diego Guillen, Joan de la Torre y Hernando Bachicao, que huyó al tiempo de arremeter. Estando para encontrarse, huyeron los mas de Pizarro que á caballo estaban. Cepeda y Guevara pusieron entonces obra de veinte arca-

buceros entre los caballeros de las primeras hileras, y estuviéronse quedos, é lo mesmo hizo su infantería. Alonso de Mendoza y los de su escuadron corrieron hácia los caballos de Pizarro, y fueron desordenados por los veinte arcabuceros y rompidos por Cepeda. El otro escuadron acometió los peones; mas como los arcabuceros derribaron á Pedro de los Rios y á otros que iban delante, dejáronlos y fueron á ayudar á sus compañeros, y todos juntos desbarataron la caballería de Pizarro, no dejando casi hombre de ellos sin matar y herir, ó que no se rindiesen. Los de Centeno calaron sus picas algo léjos; agujieron mucho, con la priesa que les daba un clérigo vizcaíno, pensando vencer así mas áína. Descargaron de golpe los arcabuces y sin tiempo, sintiendo tirar á los contrarios; así que al tiempo de la afrenta estaban cansados y medio desordenados. Los de Pizarro jugaron á pié quedo sus arcabuces dos ó tres veces, aunque Joan de Acosta se adelantara con treinta dellos por mas los desordenar, y lo derribaron á picazos é hirieron malamente. Fué Joan de la Torre á valerle con setenta arcabuceros, y valióle matando á Joan de Silvera con otros muchos. Llegó por otra parte Diego Guillen, y brevemente mataron cuatrocientos contrarios y desbarataron los demás. Visto que sus caballeros eran vencidos, fué á socorrellos Joan de la Torre con muchos arcabuceros. Tiró á bulto, que así se lo aconsejó Carabajal, porque andaban mezclados unos con otros, y á dos cargas los desbarató; aunque mató algunos amigos con los enemigos. Desta manera vencieron los que pensaron ser vencidos, aunque pelearon bien los de Centeno. Murieron ciento de Pizarro, y entre ellos Gomez de Leon y Pedro de Fuentes, capitanes. Quedaron heridos Cepeda, Acosta, Diego Guillen y otros. Pizarro corriera peligro si Garcilaso no le diera un caballo. Murieron cuatrocientos y cincuenta de Centeno con los capitanes Luis de Ribera, Joan de Silvera, Pedro de los Rios, Diego Lopez de Zúñiga, Joan de Vargas y Francisco Negral. Huyó Diego Centeno, sin esperar al Obispo, y todos los que quisieron; ca no siguieron el alcance los vencedores: tan deshechos quedaron.

En lo que Pizarro entendió tras esta vitoria.

Otro día después de la vitoria envió Pizarro á Joan de la Torre con treinta arcabuceros de caballo al Cuzco tras los vencidos, y á Diego de Carabajal el Galan con otros tantos á Arequipa, y á Dionisio de Bobadilla con otros treinta á los Charcas para recoger la gente y tener los caminos; y él, tomando el despojo, caminó para el Cuzco por el Desaguadero con todo el ejército. Mas primero hizo matar al capitán Olea porque se pasó á Centeno. Justiciaron también otros cuatro ó cinco, y Francisco de Carabajal se alabó haber muerto por su contentamiento, el día de la batalla, cien hombres, y entre ellos un fraile de misa; crueldad suya propia, si ya no lo decía por gloria de la vitoria, que se atribuya el vencimiento á sí; todo es de creer, pues era batalla civil y peleaban unos hermanos contra otros. En Pucaran hubieron enojo Pizarro y Cepeda sobre tratar del concierto con Gasca, diciendo Cepeda ser entonces tiempo, y trayéndole á la memoria que se lo había prometido en Arequipa. Pizarro, siguiendo el parecer de otros y su for-

tuna, dijo que no convenia, porque tratando en ello se lo ternian á flaqueza, y se le irian los que allí tenia, y le faltarian los muchos amigos que con Gasca estaban. Garcilaso de la Vega con algunos fueron del parecer de Cepeda. En Juli, lugar del Rey, mataron á Bachicao, y Francisco de Carabajal se fué á Arequipa por el camino de la mar, entendiendo que huyera por allí Diego Centeno, y para traer las mujeres al Cuzco, porque no avisasen con indios á sus maridos que andaban con Gasca, ó porque se viniesen ellos á ellas. Entró Pizarro en el Cuzco con gran admiracion del pueblo; ahorcó á Herrezuelo, al licenciado Martel, á Joan Vazquez y otros, con acuerdo de sus letrados. Puso mucha guarda en todo, y aun quiso enviar á Joan de Acosta con docientos de caballo, arcabuceros, á dar en Gasca, publicando que iban todos contra él para que no se le fuese nadie. Hizo muchos arcabuceros y seis piezas de artillería, muchas armas de fierro y muchas picas. En fin, él atendió mas á labrar armas que á ganar voluntades. Trajo Carabajal las mujeres de Arequipa y otros muchos, y todo el oro, plata y piedras que pudo sacar; ca tan amigo era de robar como de matar; y así, dicen que despojó toda aquella tierra sin que Pizarro hablase. Mas el lobo y la vulpeja todos eran de una conseja.

Lo que hizo Gasca en llegando al Perú.

Gasca se partió de Panamá mucho después que Aldana, con todos los navios y hombres que pudo; y por ser verano tiempo contrario para navegar de allí á Túmbez, tuvo ruin navegacion, y fué á Gorgona contra la gran corriente de la mar. En fin, llegó á Túmbez con mucho trabajo, aunque con buenas nuevas, porque supiera en el camino cómo ciertos soldados de Blasco Nuñez habian tomado á Puerto-Viejo, matando al capitán Morales, que Bachicao allí dejó, y prendiendo á Lope de Ayala, teniente de Pizarro; y cómo estaban por el rey, Francisco de Olmos en Guayaquil, y Rodrigo de Salazar, el corcovado de Toledo, en Quito. Luego pues que llegó, tuvo mensajeros de Diego de Mora, Joan Porcel, Joan de Saavedra y Gomez de Albarado, que con mucha gente estaban en Caxamalca, de la cual era maestro de campo Joan Gonzalez. El les respondió loando mucho su fidelidad y ánimo. Supo tambien la pujanza de Centeno y la huida de Pizarro, de que holgó infinito, creyendo estar el juego entablado de suerte que no le podria perder. Escribió á Centeno que no diese batalla hasta juntarse con él. Aderezó las armas y arcabuces, que venian tomados y perdidos. Envió á don Joan de Sandoval á recoger en Sant Miguel los que de Pizarro y otros cabos acudian. Llamó á Mercadillo, que trajese la gente de Bracamoros, y á otros capitanes, á cuyo mandado y fama vinieron muchos de muchas partes, Sebastian de Benalcázar, Francisco de Olmos, Rodrigo de Salazar y otros capitanes. Viendo pues que todos venian y estaban por el Emperador, envió Gasca un mensajero á la Nueva-España, que no enviase el Virey á don Francisco, su hijo, con los seiscientos hombres que á punto tenia, pues no eran menester. No vino por esto don Francisco de Mendoza, mas vino Gomez Arias y el oidor Ramirez con los de Nicaragua y Cuauhtemallan. Así que de Túmbez fué Gasca á Trujillo con parte de los que tenia, y envió

los demás á Caxamalca por la sierra con el adelantado Pascual de Andagoya y Pedro de Hinojosa, su general, para llevar los que allí estaban á Jauja, donde se juntaron todos, por ser tierra proveida de mantenimientos. Pasaron gran trabajo los unos y los otros con las nieves y sierras, hasta llegar allí. Llegó primero él; y como supo el vencimiento y perdicion de Centeno, recelóse algo, y envió al mariscal Alonso de Albarado á los Reyes por los españoles que Aldana tenia, con dineros prestados para socorrer y pagar los soldados. Recorrió las armas, aderezó los arcabuces y tiros, hizo pelotas y pólvora, cosoletes, picas, lanzas jinetas y de armas con una solicitud admirable. Envió á correr y espiar el camino del Cuzco á Alonso Mercadillo, y tras él á Lope Martín, portugués, que se adelantó y fué á tierra de Andagoalas, é dió de noche sobre cierta gente de Pizarro que habia venido por bastimentos y por los caciques. Peleó y venciólos, aunque eran muchos mas; ahorcó algunos, y trajo hartos que informaron á Gasca del estado, ánimo y pensamientos de Gonzalo Pizarro; y por su informacion, envió allá á Mercadillo y á Palomino con sus arcabuceros que ocupasen y defendiesen aquel valle de Andagoalas, que por ser proveido era importante para la guerra. Llegaron en aquella sazón Alonso de Mendoza, Hierónimo de Villegas, Antonio de Ulloa y otros que se habian escapado de la de Guarina, con el obispo del Cuzco, y dende á poco Hinojosa y Andagoya con toda la gente de Caxamalca, y luego Albarado con la de los Reyes. Así que Gasca, como tuvo junta toda la gente, nombró capitanes á los que ya lo eran, general á Hinojosa, maestro de campo al mariscal Albarado, y alférez del estandarte real al licenciado Benito Xuarez de Carabajal, y dió la artillería á Grabiél de Rojas. Pagó á muchos soldados que descontentos andaban, y aun solevantados con la gran vitoria de Pizarro, que lo tenían por invencible en el Perú y por señor de todo él. Y porque habia novedades ahorcaron al capitán Pedro de Bustina y otros noveleros y pizarristas. Pasaron alarde mas de dos mil españoles, harto lucida gente. Algunos desminuyen y otros acrecientan este número. Habia quinientos caballos y novecientos y cincuenta arcabuceros, y muchos cosoletes y arneses. De Jauja fueron á Guamanga, donde comenzaron á sentir falta de vituallas; y en Bilcas repartió la comida el oidor Cianca. Llegados en Andagoalas, comieron mejor; mas como el maíz era verde, adoleció la cuarta parte del ejército, y entonces se conoció el provecho del hospital que Gasca ordenara. Llovió tanto sin descampar, treinta noches y dias que allí estuvieron, que se pudrian las tiendas de campo, y se hinchaban y tollian los hombres con la humedad y frio. Llegaron allí Diego Centeno y Pedro de Valdivia, que venia de Chili á pedir gente de socorro; con los cuales se holgó Gasca y todo el campo, y corrieron cañas y sortija de placer. Hizo Gasca á Valdivia coronel de la infantería. Estaban todos ganosos de pelear, y Gasca de concluir la guerra; y así, caminaron á buscar los enemigos en comenzando las aguas de avadar.

Cómo Gasca pasó el río Apurima sin contraste.

Partió Gasca de Andagoalas por marzo, y pasó el puente de Abancay con increíble alegría de todo su

ejército. Llevaba buen concierto y consejo de guerra, y mucha reputacion con los obispos del Perú, y grandes espías, que dijeron cómo los enemigos habian quebrado las puentes de Apurima, que á veinte leguas está del Cuzco. Llegó pues al río, y mandó traer madera y rama para hacer puentes; lo cual trajeron los indios con presteza y voluntad, aunque lloviendo. Era el río trecientos piés de ancho, y no bastaban vigas; era hondo, y no habia manera de hincar postes; y por eso hicieron muchas criznejas de vergaza, que son unas largas y gordas maromas como sogas de á noria; las cuales atravesadas sirven de puente. Parecióles que seria bien para encobrir su intencion comenzar tres puentes: una en el camino real, otra en Cotabamba, doce leguas el río arriba; otra mas arriba, en ciertos pueblos de don Pedro Puertocarrero. Fueron á Cotabamba para pasar por allí, y cegaron algunos en la sierra, que nevada estaba. Contradijeron aquel paso algunos capitanes, especialmente Lope Martín, dando razones cómo era mejor pasar el río mas arriba. Fueron á verlo Pedro de Valdivia, Diego de Mora, Grabiél de Rojas y Francisco Hernandez Aldana; y como dijeron ser mejor, hicieronlo. Lope Martín, que guardaba la ribera y criznejas, como supo que llegaba el campo, echó las maromas sin que se lo mandasen. E ya que atadas tenia tres dellas á la otra parte, cargaron los indios y velas de Pizarro, y cortaron ó quemaron las dos sin mucha contradicion; y avisaron dello á Pizarro, llevándole treinta cabezas de españoles que habian muerto, segun dicen. Gasca y todos recibieron gran pesar con tal nueva. Agujieron con la infantería para remediar aquel error, y en llegando hizo Gasca pasar en balsas á los capitanes de arcabuceros, y luego piqueros y algunos caballos. Hartos pasaron á nado por sí y en sus caballos. Como iban pasando iban atando criznejas; y como nadie los estorbaba, hicieron la puente aquella noche y el dia siguiente, por la cual pasó después á salvo todo el resto del ejército. Muchos pasaron á gatas aquella noche por las criznejas: tanta gana lo tenían, ó tanta prisa Gasca les daba; y fué maravilla no caer, que hacia escuro, aunque la escuridad les valia para no desvanecer mirando el agua. Era muy agra la ribera por ambas partes, y mucha la prisa de pasar; y así, cayeron algunos rempujándose unos á otros, de los cuales se ahogaron hartos que no sabian ni podian nadar con la gran corriente del río; y tambien se ahogaron muchos caballos, que todo fué gran pérdida para tal tiempo. Mas pasar fué vencer. No se puede decir el alegría que todos tenían en haber ganado el río, muralla de los enemigos, y en no ver gente de Pizarro por allí. Fué don Joan de Sandoval á reconocer un gran cerro que á vista era y áspero de subir; y como vacío estaba, ocupáronlo á la hora Hinojosa y Valdivia con buen golpe de gente; donde, si Joan de Acosta, que venia con cincuenta de caballo arcabuceros, llegara mas afina y trajera mayor compañía, los pudiera fácilmente deshacer, segun iban cansados de subir legua y media de cuesta. Mas como trajese pocos, tornó por mas, y entre tanto casi pasaron todos y doce piezas de artillería, y se pusieron en lo alto del cerro.

La batalla de Xaquixaguana, donde fué preso Gonzalo Pizarro.

Pizarro, entendiendo que Gasca venia á pasar el río de Apurima por Cotabamba, salió del Cuzco. Andaba en la ciudad dias habia la fama de la pujanza y venida de Gasca con gran ejército, y desmandábanse muchos en hablar. Y doña María Calderon, mujer de Hierónimo de Villegas, dijo que tarde ó temprano se habian de acabar los tiranos. Fué allí Carabajal y dióle un garrote, y ahogóla estando en la cama; por lo cual chitaron todos. Salió pues Pizarro con mil españoles y mas, de los cuales los docientos llevaban caballos, y los quinientos y cincuenta arcabuces. Mas no tenían confianza de todos, por ser los cuatrocientos de aquellos de Centeno; y así, tenia mucha guarda en que no se le fuesen, y alanceaba á los que se iban. Envió Pizarro dos clérigos, uno tras otro, á requerir á Gasca por escripto que le mostrase si tenia provision del Emperador en que le mandase dejar la gobernacion; porque mostrándose la originalmente, él estaba presto de la obedecer, y dejar el cargo y aun la tierra; pero si no la mostrase, que protestaba darle batalla, y que fuese á su culpa, y no á la suya. Gasca prendió los clérigos, avisado que sobornaban á Hinojosa y otros, y respondió que se diese, enviándole perdon para él y para todos sus secuaces, y diciéndole cuánta honra ganado habria en hacer al Emperador revocar las ordenanzas, si servidor y en gracia quedaba de su majestad, como solia; é cuánta obligacion le ternian todos dándose sin batalla, unos por quedar perdonados, otros por quedar ricos, otros por quedar vivos, ca peleando suelen morir. Mas era predicar en el desierto, por su gran obstinacion y de los que le aconsejaban; ca, ó estaban como desesperados, ó se tenían por invencibles; y á la verdad ellos estaban en muy fuerte sitio, y tenían gran servicio de indios y comida. Asentara Pizarro su real donde por un cabo lo cercaba una gran barranca, por otro una peña tajada, que no se podia subir á pié ni á caballo. La entrada era angosta, fuerte y artillada; de suerte que no podia ser tomado por fuerza, ni menos por hambre, ca tenia cierta, como dije, la comida con los indios. Salió Pizarro fuera entonces, y dió una pavonada en gentil ordenanza, disparando sus tiros y arcabuces, y aun escaramuzaron los unos corredores con los otros; y se deshouraban. Los nuestros decian traidores, desleales, crueles; y ellos esclavos, abatidos, pobres, irregulares, porque Gasca y los obispos y frailes predicadores batallaban. Empero no se conocian con la mucha niebla que hizo aquella tarde. Gasca y otros querian excusar batalla, por no matar ni morir, y pensaban que todos ó los mas de Pizarro se les pasarian; y así, le seria forzado darse. Mas entrando aquella noche en consejo acordaron de darla, porque no tenían buen recado de agua ni pan ni leña, helando mucho, y porque no se pasasen de los suyos á Pizarro, que de todas aquellas cosas tenia gran abundancia. Así que todos estuvieron armados y en vela toda la noche y sin parar las tiendas, é con el gran frio se les cayeron á muchos las lanzas de las manos. Quiso Joan de Acosta ir con seiscientos hombres encamisados aquella noche, que fué domingo, á desbaratar á Gasca, teniendo por averiguado que lo desbaratará segun el frio y miedo de los suyos. Mas Pizarro se lo estorbó, diciendo:

«Joan, pues lo tenemos ganado, no lo queráis aventurar;» que fué soberbia ó ceguera para perderse. Cuando el alba vino comenzaron á sonar los atambores y trompetas de Gasca: arma, arma, cabalga, cabalga, que los enemigos vienen. Iban ciertos de Pizarro con arcabuces subiendo el cerro arriba. Saliéronles al encuentro Joan Alonso Palomino y Hernando Mejía con sus trecientos arcabuceros, y escaramuzando con ellos, les hicieron volver á su puesto. Enviaron Valdivia y Albarado por el artillería; bajó luego todo el ejército al llano del valle de Xaquixaguana, por detrás de aquella misma cuesta, y tan agra bajada tuvieron, que llevaban los caballos de rienda; y como abajaban, se ponian en hilera con sus banderas, segun Diego de Villavicencio, de Jerez de la Frontera, sargento mayor, disponia. Hicieronse dos escuadrones de la infantería, cuyos capitanes eran el licenciado Ramirez, don Baltasar de Castilla, Pablo de Meneses, Diego de Urbina, Gomez de Solís, don Fernando de Cárdenas, Cristóbal Mosquera, Hierónimo de Aliaga, Francisco de Olmos, Miguel de la Serna, Martin de Robles, Gomez de Arias y otros. Hicieronse otros dos batallones de la caballería, que tomaron en medio de los peones. Del que iba al lado izquierdo eran capitanes Sebastian de Benalcázar, Rodrigo de Salazar, Diego de Mora, Joan de Saavedra y Francisco Hernandez de Aldana. Del que iba al derecho con el pendon real, que llevaba el licenciado Carabajal, eran don Pedro de Cabrera, Gomez de Albarado, Alonso Mercadillo, el oidor Cianca y Pedro de Hinojosa, que de todos era general. Iban tambien por aquel cabo, algo apartados y delanteros, Alonso de Mendoza y Diego Centeno por sobresalientes para las necesidades. Gasca y los obispos y frailes bajaron con Pardabe tras la artillería que llevaban Grabiél de Rojas, Albarado, Valdivia, con Mejía y Palomino; los cuales dos capitanes se pusieron por mangas de la batalla con cada ciento y cincuenta arcabuceros; Hernando Mejía y Pardabe á la diestra por hácia el rio, y á la siniestra por hácia la montaña Joan Alonso Palomino. Ordenadas pues las haces como dicho es para la batalla, caminó Hinojosa paso á paso hasta poner el ejército á tiro de arcabuz del enemigo, en un bajo donde no lo podia coger el artillería contraria. Pizarro dijo á Cepeda que ordenase la batalla. Cepeda, que deseaba pasarse á Gasca sin que le matasen, vió ser entonces su hora, y dándole á entender cómo no era bueno aquel lugar, por jugar de lleno en él la artillería de Gasca, pasó la barranca como que á tomar otro asiento bajo donde no les dañase la artillería, y en viéndose allá puso las piernas á su caballo para irse á Gasca. Cayó luego, como iba alterado y medroso, en un aguacero, y si no le sacaran unos negros que enviara delante, lo alcancearan los de Pizarro, que le seguian. Desmayaron mucho en el real de Pizarro con la ida de Cepeda, y con que tras él se fueron Garcilaso de la Vega y otros principales. Gasca abrazó y besó en el carrillo á Cepeda, aunque lo llevaba encenagado, teniendo por vencido á Pizarro con su falta; ca segun pareció, Cepeda le hubo avisado con fray Antonio de Castro, prior de santo Domingo en Arequipa, que si Pizarro no quisiese concierto ninguno, él se pasaria al servicio del Emperador á tiempo que le deshiciese. Pesóle mucho á Pizarro la ida

de los unos y el desmayo de los otros, mas con buen esfuerzo se estaba quedo. Pizarro viendo los enemigos cerca, envió muchos arcabuceros á picarlos; puso los indios, que muchos eran, en una ladera; dió cargo del artillería á Pedro de Soria, ordenó dos haces de su gente; una de los peones, que encomendó á Francisco de Carabajal, cuyos capitanes eran Joan Velez de Guevara, Francisco Maldonado, Joan de la Torre, Sebastian de Vergara y Diego Guillen; otra de los caballeros, que quiso él regir, de la cual estaban por capitanes el oidor Cepeda y Juan de Acosta. Estando pues así todos con semblante de pelear, jugaba el artillería de ambas partes; la de Pizarro se pasaba por alto, y la de Gasca tiraba como al hito; y así acertó de los primeros tiros una pelota al toldo de Pizarro y mató un paje; por lo cual abatieron las tiendas los indios con mandamiento de Carabajal; el cual, que iba con los arcabuceros á escaramuzar, envió á decir á Pizarro que se aperciese á la batalla, pensando que le acometerian los de Gasca con la furia y desórden que los de Centeno y Blasco Nuñez; pero Hinojosa estuvo tambien quedo, porque se lo aconsejaban los que de Pizarro se le pasaban, afirmando que sin pelear vencerian. Estaban los ejércitos á tiro de arcabuz, y recogian Mendoza y Centeno, que á ese propósito se adelantaron un poco, los que se pasaban, entre tanto que los unos y los otros arcabuceros escaramuzaban. Pedro Martin de Cecilia y otros alanceaban los que se iban de Pizarro; mas no podian detenerlos, ca se pasaron de un tropel treinta y tres arcabuceros, y luego arrojaron las armas en el suelo muchos, diciendo que no pelearian; y en breve se deshicieron los escuadrones. Y así embelesaron Pizarro y sus capitanes, que ni pudieron pelear ni quisieron huir, y fueron tomados á manos, como dicen. Preguntó Pizarro á Joan de Acosta qué harian; y respondiendo se fuesen á Gasca, «vamos, dijo, pues, á morir como cristianos;» palabra de cristiano y ánimo de esforzado. Quiso rendirse antes que huir; ca nunca sus enemigos le vieron las espaldas. Viendo cerca á Villavicencio, le preguntó quién era; y como respondió que sargento mayor del campo imperial, dijo: «Pues yo soy el sin ventura Gonzalo Pizarro;» y entrególe su estoque. Iba muy galan y gentil hombre, sobre un poderoso caballo castaño, armado de cota y coracinas ricas, con una soberropa de raso bien golpeada, y un capote de oro en la cabeza, con su barbote de lo mismo. Villavicencio, alegre con tal prisionero, lo llevó luego, así como estaba, á Gasca; el cual, entre otras cosas, le dijo si le parecia bien haberse alzado con la tierra contra el Emperador. Pizarro dijo: «Señor, yo y mis hermanos la ganamos á nuestra costa, y en querrela gobernar como su majestad lo habia dicho, no pensé que erraba.» Gasca entonces dijo dos veces que le quitasen de allí, con enojo. Diólo en guarda á Diego Centeno, que se lo suplicó. De la manera que dicho es venció y prendió Gasca á Gonzalo Pizarro. Murieron diez ó doce de Pizarro y uno de Gasca. Nunca batalla se dió en que tantos capitanes fuesen letrados, ca fueron cinco licenciados, Cianca, Ramirez, Carabajal, Cepeda, y Gasca, caudillo mayor, el cual iba en los delanteros con su zamarra, ordenaba la artillería y animaba los de caballo que corriesen tras los que huian. Fray Rocha

El repartimiento de indios que Gasca hizo entre los españoles.

En siendo degollado Pizarro, se fué Gasca al Cuzco con todo el ejército para dar asiento en los negocios tocantes al sosiego y contento de los españoles, al bien y descanso de los indios y al servicio del Rey y de Dios, que lo mas principal era. Como llegó, derribaron las casas de Pizarro y de otros traidores, y sembráronlas de sal, y pusieron otra piedra con letras que dicen: «Estas casas eran del traidor de Gonzalo Pizarro.» Envió Gasca al capitán Alonso de Mendoza con gente á los Charcas á prender los pizarristas que allí huído habian, y traer los quintos y tributos del Rey. Envió eso mismo á Grabiél de Rojas, á Diego de Mora y á otros, por toda la tierra, á recoger las rentas y quinto real. Hizo un pueblo entre el Cuzco y el Collao, que llaman Nuevo. Despachó al Chili á Pedro de Valdivia con la gente que seguirle quiso, y al capitán Benavente á su conquista, tierra hácia Quito, y rica de ganado y minas de oro. Proveyó á Diego Centeno para las minas de Potosí, que caen en los Charcas y que son las mejores del Perú, y aun del mundo; ca de un quintal de minero sale medio de plata y mucho mas; y una cuesta hay allí toda vetada de plata, que tiene media legua de alto y una de circuíto. Dió licencia que se fuesen á sus casas y pueblos todos los que tenian vecindad, vasallos y hacienda. Era todo esto para desecharlos de sí, que lo fatigaban pidiéndole repartimientos y en qué vivir. Salióse pues á Apurima, doce leguas del Cuzco, y allí consultó el repartimiento con el arzobispo de los Reyes, Loaisa, y con el secretario Pero Lopez, y dió millon y medio de renta, y aun mas, á diversas personas, y ciento y cincuenta mil castellanos en oro, que sacó á los encomenderos. Casó muchas viudas ricas con hombres que habian bien servido al Rey. Mejoró á muchos que ya tenian repartimientos, y tal hubo que llevó cien mil ducados por año; renta de un príncipe, si no se acabara con la vida; mas el Emperador no la da por herencia. Quien mas llevó fué Hinojosa. Fué Gasca á los Reyes por no oír quejas, reniegos y maldiciones de soldados, y aun de temor, enviando al Cuzco al Arzobispo á publicar el repartimiento, y á cumplir de palabra con los que sin dineros y vasallos quedaban, prometiéndoles grandes mercedes para después. No pudo el Arzobispo, por bien que les habló, aplacar la saña de los soldados á quien no les alcanzó parte del repartimiento, ni la de muchos que poco les cupo. Unos se quejaban de Gasca porque no les dió nada; otros, porque poco, y otros, porque lo habia dado á quien desirviera al Rey, y á confesos, jurando que lo tenian de acusar en consejo de Indias; y así, hubo algunos, como el mariscal Alonso de Albarado y Melchior Verdugo, que después escribieron mal dél al fiscal, por vía de acusacion. Finalmente, platicaron de amotinarse, prendiendo al Arzobispo, al oidor Cianca, á Hinojosa, á Centeno y Albarado, y rogar al presidente Gasca reconociese los repartimientos, y diese parte á todos, dividiendo aquellos grandes repartimientos ó echándoles pensiones, y si no, que se los tomarian ellos. Descubrióse luego esto, y Cianca prendió y castigó las cabezas del motin; con que todo se apaciguó.

lo acompañaba con una alabarda en las manos, y los obispos andaban entre los arcabuces, esforzando los arcabuceros contra los tiranos y desleales. Saquearon al real de Pizarro, y muchos soldados hubo que tomaron á cinco y á seis mil pesos de oro, y mulas y caballos. Uno de Pizarro topó una acémila cargada de oro; derribó la carga, y fué con la bestia, no mirando el necio los líos.

La muerte de Gonzalo Pizarro por justicia.

Envió Gasca luego al Cuzco á Martin de Robles con su compañía, que prendiese los huidos, y guardase la ciudad de saco y fuego. Cometió la causa de Pizarro y de los otros presos al licenciado Cianca y mariscal Albarado; los cuales, haciendo su proceso, sentenciaron trece de ellos á muerte por traidores, y ejecutaron la sentencia otro dia de la batalla. Sacaron á Gonzalo Pizarro á degollar en una mula ensillada, atadas las manos y cubierto con una capa. Murió como cristiano, sin hablar, con gran autoridad y semblante. Fué llevada su cabeza, y puesta en la plaza de los Reyes, sobre un pilar de mármol, rodeado de una red de hierro, y escripto así: «Esta es la cabeza del traidor de Gonzalo Pizarro, que dió batalla campal en el valle de Xaquixaguana contra el estandarte real del Emperador, lunes 9 de abril del año de 1548.» Así acabó Gonzalo Pizarro, hombre que nunca fué vencido en batalla que diese, é dió muchas. Diego Centeno pagó al verdugo las ropas, que ricas eran, porque no lo desnudase, y lo enterró con ellas en el Cuzco. Ahorcaron y descuartizaron á Francisco de Carabajal, de Ragama; á Joan de Acosta, Francisco Maldonado, Joan Velez de Guevara, Dionisio de Bobadilla, Gonzalo Morales de Almajano, Joan de la Torre, Pedro de Soria, de Calatañazor, Gonzalo de los Nidos, que le sacaron la lengua por el colodrillo, y otros tres ó cuatro. Azotaron y desterraron muchos á las galeras y al Chili. Francisco de Carabajal estuvo duro de confesar. Cuando le leyeron la sentencia que lo mandaban ahorcar, hacer cuartos, y poner la cabeza con la de Pizarro, dijo: «Basta matar.» Fué Centeno á verle la noche antes que lo matasen, y él hizo que no le conocia; y como le dijeron quién era, respondió que, como siempre lo habia visto por las espaldas, no lo conocia; dando á entender que siempre le huyó. Largo sería de contar sus dichos y hechos crueles; los contados bastan para declaracion de su agudeza, avaricia é inhumanidad. Habia ochenta y cuatro años, fué alférez en la batalla de Ravena, y soldado del Gran Capitan, y era el mas famoso guerrero de cuantos españoles han á Indias pasado, aunque no muy valiente ni diestro. Dicen por encarecimiento: «Tan cruel como Carabajal;» porque de cuatrocientos españoles que Pizarro mató fuera de batallas, después que Blasco Nuñez entró en el Perú, él los mató casi todos con unos negros que para eso traia siempre consigo. Murieron casi otros mil sobre las ordenanzas, y mas de veinte mil indios, llevando cargas, é huyendo á los yermos por no las llevar, do perecian de hambre y sed. Porque no huyesen, ataban muchos dellos juntos y por los pescuezos, y cortaban la cabeza al que se cansaba ó adolecia, por no pararse ni detenerse; cosa que los buenos podian mirar, y no castigar.

HA.